

gura; por fortuna, hay medio de acabar con ella. (*Suena de nuevo la música, y la sala va llenándose de soldados. Max advierte á Buttler*). ¡Vos aquí, coronell!... ¿No queréis seguirme? Bien está, sed más fiel á vuestro nuevo soberano de lo que lo fuisteis al primero. Prometedme proteger su vida y preservarla de cualquier atentado; dadme la mano en prenda de vuestra promesa (*Buttler rehusa tomarla*). Pesa sobre él la sentencia del Emperador, que libra su noble cabeza al primero que codicie el premio... Ahora más que nunca necesita quien con celo y afecto guarde su vida... y los que veo en torno suyo al dejarle... (*Mira con desconfianza á Buttler y á Illo*).

ILLO.—Buscad á los traidores en el campamento de vuestro padre y de Gallas; aquí, sólo existe uno. Salid, y libertadnos de su odioso aspecto. Salid.

(*Max intenta otra vez acercarse á Tecla; Wallenstein se lo impide. Un momento parece vacilar, víctima de vivísimo dolor. En esto la sala se va llenando cada vez más, y suenan de nuevo las cornetas como para advertirle.*)

MAX.—Sonad, sonad... ¡Así fuera la corneta de los suecos.... tocando á llamada en el campo de la muerte! ¿Por qué no se me clavan en el pecho todas esas espadas?... ¿Qué me queréis? ¿Venís á arrancarme de aquí?... ¡Ah! ¡no me empujéis á la desesperación!... Podríais arrepentiros de ello... (*La sala se habrá llenado completamente de tropas.*) ¿Más?... un peso se añade á otro todavía!... ¡Cómo se reúnen los soldados! Así esa masa imponente me arrastra consigo. Pensad en lo que hacéis... Error grande es elegir por jefe á un hombre desesperado... ¡Me arrancáis de los brazos de mi dicha! Pues bien, sea; os consagro á la diosa de la venganza... Me elegisteis para vuestra perdición. ¡Quien me siga, dispóngase á morir!

(*Se dirige al fondo del teatro, y los coraceros le rodean y acompañan en tumulto. Wallenstein permanece inmóvil. Tecla cae desmayada en brazos de su madre. Telón.*)



ACTO IV

ESCENA PRIMERA

Habitación del burgomaestre de Egra

BUTTLER (*saliendo*)

Aquí está; aquí le condujo el hado. Cayó en la trampa; alzado el puente por donde entró, no le queda escape. De aquí no pasarás, Friedland, ha dicho el destino; tu maravilloso meteorito que partió de Bohemia dejando en el cielo luminosa estela, en Bohemia irá á caer. Ciego é iluso desertaste de tus banderas fiando en tu fortuna; has armado tu mano criminal para traer la guerra en los estados del Emperador, y volcar el hogar doméstico. ¡Alerta, no sea que la venganza que te mueve sea tu propia perdición!

ESCENA II

BUTTLER, GORDON

GORDON.—¡Sois vos!... ¡Cuánto deseaba oiros!... ¡Con que es verdad que el duque es traidor! ¡Dios

mío! ¿Y anda fugitivo y condenado á muerte? General, contadme minuciosamente lo ocurrido en Pilsen.

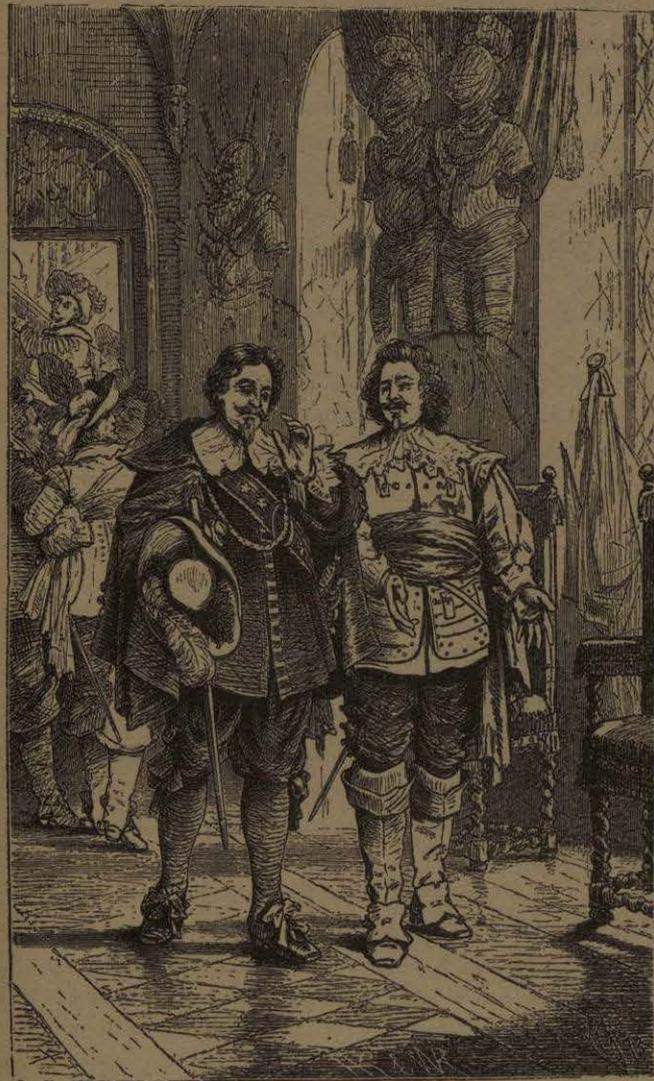
BUTTLER.—¿Recibisteis la carta que os mandé por un propio?

GORDON.—Sí; están cumplidas vuestras órdenes; le abrí sin objeción la fortaleza. Pero la verdad es que en cuanto he visto al príncipe he vuelto á dudar, por-



que realmente lo que es él no entró como un proscrito. Brilla en su frente aquella majestad soberana que fuerza á la obediencia, y me pidió cuenta de mis funciones tan tranquilo como en días normales. Por lo común, la adversidad hace afable al hombre.... el orgullo abatido se postra ante el débil y acude á la lisonja; pero en el príncipe, nada de eso... Con la mayor dignidad me ha manifestado en pocas palabras su satisfacción, y me elogió como el amo á su criado.

BUTTLER.—Todo pasó como os decía. Vendió el ejército á los enemigos, é intentaba entregarles Praga y Egra. Á la nueva de esa traición todos los regimientos le han abandonado excepto los cinco de Terzky que hasta aquí le siguieron. Se ha pronunciado su sentencia y todo fiel servidor debe entregarle vivo ó muerto.



BUTTLER Y GORDON.

GORDON.—¡El traidor á su soberano!... ¡Tan noble y tan excelente caballero! ¡En qué para la grandeza humana! Bien repetía yo: Esto no puede acabar en bien; su magnanimidad, su pujanza, aquel carácter arrebatado, sombrío y vacilante, dieron con él en el lazo. El hombre se inclina siempre á extender su poderío, y no hay que fiar mucho en su moderación si no le detiene la ley ó el surco de la costumbre. Pero como vió en sus manos tan extraordinario poder que le equiparaba al Emperador, orgulloso como era, se habituó á la desobediencia. ¡Qué lástima!... Sólo él podía mantenerse firme en el puesto en que cayó.

BUTTLER.—Escusad vuestras lamentaciones hasta tanto que merezca piedad; por ahora sigue siendo todavía temible y poderoso. Los suecos marchan hacia Egra, y si no acudimos á cortarles el paso, la unión será un hecho. ¡A toda costa debemos evitarlo!... El príncipe no ha de poner el pié fuera de la fortaleza; me va en ello la vida y el honor. He prometido hacerle prisionero y cuento con vuestra ayuda.

GORDON.—¡Pluguiese á Dios que no hubiese visto la luz de este día! ¡De su propia mano recibí mi cargo! ¡Él mismo me confió la guardia de este castillo que he de convertir en su prisión! Nosotros los subalternos no tenemos voluntad propia; sólo los poderosos pueden ceder á humanitarios sentimientos. Nosotros venimos á ser simples esbirros de la ley, y toda nuestra virtud consiste en la obediencia pasiva.

BUTTLER.—No os aflijan tales restricciones. La mucha libertad abre camino á muchos errores, y en cambio el estrecho sendero del deber es firme y seguro.

GORDON.—¿Y decir que toda aquella gente le abandonó? ¡De cuantos hizo la fortuna! Porque, eso sí, generoso lo era; como un rey; su mano estaba siempre abierta... (*Mira de soslayo á Butler.*) A más de uno sacó del polvo para alzarle á las mayores dignidades, y aho-

ra no le queda un solo amigo, ni uno solo que le sea fiel en la adversidad.

BUTTLER.—Uno encuentra aquí con el cual no contaba.

GORDON.—Y sin embargo ningún favor le debo. Hasta dudo si en los días de su grandeza se acordó un solo instante del amigo de los primeros años.... porque como mi cargo me tenía tan lejos de él! Pero enterrado entre estas cuatro paredes, y desde el oscuro asilo donde no llegaba su favor, le guardé siempre un corazón sincero. Cuando me colocó en este castillo, él era todavía fiel á sus deberes, y no hago traición á su confianza, guardando el puesto que encomendó á mi fidelidad.

BUTTLER.—Decidme: ¿queréis ejecutar la sentencia y ayudarme á arrestarlo?

GORDON (*tras breves momentos de reflexión, con profundo dolor*).—Si es cierto cuanto decís, si hizo traición al Emperador, si vendió al ejército y abrió las fortalezas al enemigo... no hay salvación para él. Pero me aflige en verdad que, entre tantos, me hayan elegido á mí para instrumento de su ruina. Juntos fuimos pajes en la corte de Burgau; yo era el más viejo.

BUTTLER.—Ya sé.

GORDON.—Hace de eso unos treinta años. Ya entonces (tendría él unos veinte), se mostraba de un carácter agitado, audaz, y más formal de lo que consentía su edad; sólo ocupaban su imaginación grandes y varoniles proyectos. Vivía siempre ensimismado, sin familiarizarse con nadie, sin hallar gusto en nuestros infantiles juegos; pero, de pronto, muchas veces, le sobrecojía algo de maravilloso y centelleaba en su misterioso ánimo un pensamiento profundo. Entonces nosotros le contemplábamos con sorpresa, dudosos de si deliraba ó si hablaba un dios por su boca.

BUTTLER.—Entonces fué cuando, dormido en el alféi-

zar de una ventana, se cayó desde un segundo piso y se levantó por su pié sin haberse lastimado. Dicen que desde aquel día se le notaron síntomas de locura.

GORDON.—Verdad que se volvió soñador y se hizo católico. Aquel milagro operó singular mudanza, y engendró en él la preocupación de que era un sér privilegiado y favorecido de la suerte. Así, con la audacia del hombre que no puede tropezar, lanzóse á recorrer la cuerda vacilante de la vida. Luégo la suerte nos separó; arrojóse él osado por su camino, voló con rapidez á los más altos honores, pero siempre vacilante; así le vi llegar á conde, príncipe, duque, dictador... y sin embargo, todo fué poco para él; ahora tiende la mano á la corona real y cae en abismo sin fondo.

BUTTLER.—Basta ya... él llega.

ESCENA III

Dichos.—WALLENSTEIN conversando con el BURGOMAESTRE DE EGRA

WALLENSTEIN.—Vuestra capital era libre antiguamente; veo que campea en el escudo media águila. ¿Y por qué solo media?

EL BURGOMAESTRE.—Realmente libre era é imperial, pero hace como unos doscientos años fué dada en prenda á Bohemia, y de aquí que usemos sólo media águila hasta que el imperio nos desempeñe.

WALLENSTEIN.—Bien merecéis la libertad. Continuad portándoos como hoy, y no déis oído á la sedición. ¿Á cuánto ascienden vuestros impuestos?

EL BURGOMAESTRE.—A tanto que apenas podemos soportarlos. Hasta la guarnición vive á expensas de la ciudad.

WALLENSTEIN.—Ya os aliviaremos de tal peso. ¿Hay

todavía protestantes en ella? (*El Burgomaestre vacila.*) Sí; ya lo sé; muchos se ocultan detrás de estos muros... Confesadlo con franqueza... Vos mismo... ¿verdad? (*Le mira de hito en hito; el Burgomaestre se inmuta.*) No temáis; odio á los jesuítas; si de mí dependiera tiempo haría que los hubiera expulsado del reino... ¿Qué me importan á mí el misal ni la Biblia? Harto la he demostrado en Glogau donde hice construir una iglesia para los evangelistas... ¿Cómo os llamáis?

EL BURGOMAESTRE.—Pachhäkbel, señor.

WALLENSTEIN.—Estadme atento, pero no repitáis lo que os digo en confianza. (*Apoya la mano en el hombro del Burgomaestre con cierta solemnidad.*) Sonó ya la hora de cumplirse la profecía; los humildes serán ensalzados, y los grandes serán humillados. Recordadlo, pero con reserva. Toca á su término el doble poderío español, y se inaugura un nuevo orden de cosas. ¿No visteis, poco há, tres lunas en el cielo?

EL BURGOMAESTRE.—Sí, alteza, con harto espanto.

WALLENSTEIN.—Dos de ellas trocaron su forma por la de sangrientos puñales y luégo se desvanecieron; la de enmedio siguió como estaba, sin perder su fulgor.

EL BURGOMAESTRE.—Nosotros atribuíamos el presagio á la suerte de los turcos.

WALLENSTEIN.—¿A los turcos? ¡Cá! Dos imperios van á perecer por el hierro: el uno al Este, el otro al Oeste. Lo afirmo yo: la creencia luterana será la única que subsista. (*Observa á Buttler y Gordon.*) Por el camino oímos á nuestra izquierda varias descargas de fusilería. ¿Las percibisteis también en el castillo?

GORDON.—Sí, mi general. El viento nos traía el sonido por la parte del sud.

BUTTLER.—Como si viniera de Neustadt ó de Weiden.

WALLENSTEIN.—Por allí han de venir los suecos. ¿La guarnición es mucha?

GORDON.—Ochocientos hombres útiles; el resto está compuesto de inválidos.

WALLENSTEIN.—¿Cuántos hay en el valle Joachim?

GORDON.—Doscientos arcabuceros mandé á reforzar las avanzadas contra los suecos.

WALLENSTEIN.—Aplaudo tal precaución. He observado también al pasar que se trabaja en las obras de defensa.

GORDON.—Como el rhingrave nos estrecha de cerca, hice levantar á toda prisa dos baluartes.

WALLENSTEIN.—Fielmente servís al Emperador; eso me complace. (*A Buttler*): Hay que retirar las avanzadas de Joachim y cuantos se opongan al enemigo. (*A Gordon*): Comandante, confío á vuestra fidelidad mi esposa, mi hija y mi hermana. No cuento permanecer aquí; en cuanto reciba algunas cartas que aguardo, saldré con todos los regimientos.

ESCENA IV

Dichos.—TERZKY

TERZKY.—¡Albricias!... Traigo una buena noticia.

WALLENSTEIN.—Veamos.

TERZKY.—Se ha librado en Neustadt una batalla, y los suecos han salido victoriosos.

WALLENSTEIN.—¿Qué estás diciendo?... ¿Por dónde lo sabes?

TERZKY.—Lo dijo un campesino llegado de Tirschenreuth. El combate empezó al ponerse el sol, con una carga de los imperiales contra los suecos. El fuego ha durado dos horas, y han muerto mil imperiales y el coronel. Esto es cuanto ha sabido decirme.

WALLENSTEIN.—Pero ¿cómo se hallaban en Neustadt las tropas del Emperador? Altringer estaba ayer á ca-

torce millas de aquí... ¡ni que tuvieras alas!... Los regimientos de Gallas tampoco están reunidos, y además se dirigen á Fraüenberg... ¡Arriesgarse á adelantarse... Suys! No puede ser. *(Sale Illo.)*

TERZKY.—Pronto lo sabremos... Aquí llega Illo, contento y presuroso.

ESCENA V

Dichos.—ILLO

ILLO *(á Wallenstein)*.—Hay aquí un caballero que desea hablarte.

TERZKY.—¿Se confirma la nueva de la victoria? Decid.

WALLENSTEIN.—¿De dónde viene, y qué trae ese caballero?

ILLO.—El rhingrave lo envió; puedo anticiparte su mensaje. Los suecos están á cinco millas de aquí. En Neustadt cayó sobre ellos la caballería de Piccolomini, y fué terrible la carnicería, pero á la postre triunfó el mayor número; todos los coraceros de Pappenheim, incluso Max su jefe, han muerto en el campo de batalla.

WALLENSTEIN.—¿Dónde está el mensajero? Que entre.

(En el momento de retirarse, la señorita de Neubrunn sale corriendo, seguida de algunos criados consternados.)

LA NEUBRUNN.—¡Socorro! ¡socorro!

ILLO Y TERZKY.—¿Qué pasa?

LA NEUBRUNN.—¡La señorita...

WALLENSTEIN Y TERZKY.—¿Ha sabido...?

LA NEUBRUNN.—Quiere morirse.

(Vase Wallenstein. Terzky é Illo le siguen.)

ESCENA VI

BUTTLER y GORDON

GORDON *(con sorpresa)*.—Pero explicadme qué significa esta escena.

BUTTLER.—Perdió al hombre que amaba, ese Piccolomini que ha perecido.

GORDON.—¡Desgraciada niña!

BUTTLER.—¿Oísteis la noticia que trajo Illo? Los suecos se acercan victoriosos.

GORDON.—Ya, ya.

BUTTLER.—Son doce regimientos, sin contar los cinco que tiene el duque apostados cerca de aquí para protegerle. En cambio, sólo dispongo del mío, y la guarnición apenas se compone de doscientos hombres.

GORDON.—Es verdad.

BUTTLER.—Con tan escasas fuerzas es imposible custodiar á tal prisionero de Estado.

GORDON.—Así lo creo.

BUTTLER.—Pronto el ejército desarmaría nuestra débil tropa y libertaría al cautivo.

GORDON.—Esto es de temer.

BUTTLER *(tras breve pausa)*.—¿Sabéis que salgo garante de la empresa, y que empené mi cabeza por la suya? De cualquier modo que sea, fuerza es que cumpla mi palabra: si no podemos guardarle vivo, le guardaremos muerto.

GORDON.—¡Qué decís!... Justo Dios... ¿Podrías...

BUTTLER.—Ha de morir.

GORDON.—Pero podrías...

BUTTLER.—Vos ó yo; este es el último día de su vida.

GORDON.—¿Queréis matarle?

BUTTLER.—Tal es mi designio.

GORDON.—¡ Cuando descansa en vuestra fidelidad !

BUTTLER.—Así lo quiere su hado funesto.

GORDON.—¡ Siendo como es sagrada su persona de general !

BUTTLER.—Lo era.

GORDON.—No hay crimen que pueda borrar lo que fué. ¿ Le mataréis además sin ser juzgado ?

BUTTLER.—La ejecución suplirá la sentencia.

GORDON.—Esto será un asesinato y no un acto de justicia ; la justicia oye aun á los más culpables.

BUTTLER.—El crimen es evidente, y el Emperador le ha juzgado : nosotros sólo ejecutamos su voluntad.

GORDON.—No hay que apresurarse nunca á cumplir una sentencia de muerte. Es posible retractarse de una palabra, pero es imposible resucitar á un muerto.

BUTTLER.—La diligencia es del agrado de los reyes.

GORDON.—Pero un hombre de corazón no se presta á ser verdugo.

BUTTLER.—Ni tiembla el valiente ante una acción osada.

GORDON.—De valientes fué arriesgar la vida, pero no la conciencia.

BUTTLER.—¿ Le dejaremos libre para reavivar la llama de la guerra que luégo no podrá extinguirse ?

GORDON.—Prendedle, pero no le matéis ; no ahoguéis en sangre toda esperanza de misericordia.

BUTTLER.—Sin la derrota del ejército imperial, hubiéramos podido dejarle con vida.

GORDON.—¡ Ah !... ¡ Por qué le abrí esta fortaleza !

BUTTLER.—No causa su muerte el lugar, sino su estrella.

GORDON.—¡ Con cuánto más gusto sucumbiera con honor defendiendo esos muros !

BUTTLER.—Mil bravos han perecido.

GORDON.—Mas cumplieron con su deber. Una muer-

te así honra al hombre, pero la naturaleza maldice el asesinato.

BUTTLER (*mostrándole un papel*).—Esta es la orden de prenderle... va dirigida á vos, lo mismo que á mí. ¿ Respondéis de las consecuencias si por nuestra culpa se escapa y se une á los enemigos ?

GORDON.—¿ Yo ?... ¡ pobre de mí !... ¿ Qué puedo yo ?

BUTTLER.—Responded si queréis de lo que ocurra, y sea lo que quiera. Yo me lavo las manos.

GORDON.—¡ Oh, Dios mío !

BUTTLER.—¿ Conocéis otro medio de cumplir la voluntad del Emperador ? Decidlo, porque en verdad que quiero derribarle, no aniquilarle.

GORDON.—¡ Dios mío !... ¡ Dios mío !... Veo tan claro como vos cuánto puede ocurrir, pero no sentimos lo mismo.

BUTTLER.—También será forzoso que mueran Illo y Terzky, si el duque sucumbe.

GORDON.—Esos sí que poco me importan ; no cedieron ellos á su estrella sino á su perversidad. Ellos son quienes sembraron en el ánimo del duque el germen de las malas pasiones y cultivaron con maldito celo el desdichado fruto. ¡ Ojalá reciban pronto la debida recompensa de tan funestos servicios !

BUTTLER.—Morirán antes que él. Todo está dispuesto. Esta misma noche, cuando más regocijados se hallasen en un banquete, queríamos cogerlos vivos y conducirlos al castillo. Mucho más breve es esto. Voy á dar las órdenes necesarias.

ESCENA VII

Dichos. — ILLO, TERZKY

TERZKY.—Pronto van á tomar las cosas otro rumbo. Mañana llegarán aquí doce mil bravos suecos, y lué-

go, directamente á Viena. Vaya, compañero, no pongáis mala cara á tan buena noticia.

ILLO.—Ahora nos tocará á nosotros imponer condiciones y vengarnos de los pérfidos y miserables que nos abandonaron. Por de pronto, uno de ellos, Piccolomini, ya expió su conducta. ¡Ojalá les ocurra lo mismo á cuantos alimenten malas intenciones contra nosotros! ¡Qué terrible golpe para el viejo Piccolomini! Toda la vida pasó torturándose para erigir su título de conde en el de príncipe, y en la demanda pierde á su hijo único!

BUTTLER.—¡Desdichada suerte la de ese heróico muchacho! El mismo duque la ha sentido en el alma: lo lleva escrito en la cara.

ILLO.—Esto es lo que siempre me ha disgustado del general: esa preferencia constante por los italianos, era nuestra continua disputa. Estoy segurísimo de que, aún ahora, nos vería morir con gusto diez veces, con que resucitara su amigo.

TERZKY.—Basta; basta; no hablemos más en ello. Paz á los muertos. Ahora se trata de embriagar á los vivos. Vuestro regimiento nos invita á una fiesta, y hemos de pasar alegremente la noche hasta que, al rayar el alba, nos encuentren los suecos con la copa en la mano.

ILLO.—Es verdad; alegrémonos hoy, que luégo nos calentaremos las costillas. Lo que es yo no daré tregua á la espada hasta que chorree sangre austriaca.

GORDON.—¡Pshe! Ah, señor mariscal, bonito discurso!... ¡Y por qué tanta cólera contra el Emperador!

BUTTLER.—¡No fiéis mucho en esa victoria! Recordad cuán rápida gira la rueda de la fortuna, y cuán poderoso es todavía el Emperador.

ILLO.—El Emperador cuenta con muchos soldados, pero no tiene un solo general, porque el rey Fernando de Hungría nada entiende de pelear, y Gallas fué siem-

pre muy desgraciado: hasta ahora siempre perdió batallas. Cuanto á esa serpiente de Octavio, si pudo herir á Friedland por la espalda, es incapaz de hacerle frente en el campo.

TERZKY.—Ganaremos, no lo dudéis. La fortuna no abandonó jamás al duque; ya es sabido que Austria fué siempre victoriosa por Wallenstein.

ILLO.—No se pasará mucho tiempo sin que haya reunido numeroso ejército; su antigua fama atraerá á las tropas á sus banderas, y será grande como fué en otro tiempo. Como si le viera ya cual antaño. ¡Cuánto sentirán entonces algunos insensatos haberle abandonado, viéndole distribuir tierras á sus amigos y recompensar con magnificencia á sus leales servidores! Claro que nosotros seremos los preferidos. (*A Gordon*). Entonces ha de acordarse también de vos; seguramente os va á sacar de este nido para colocaros donde brille más alta vuestra fidelidad.

GORDON.—Estoy satisfecho con mi suerte, y no ambiciono encaramarme más; cuánto mayor la elevación, más profunda es la caída.

ILLO.—Aquí ya no tenéis nada que hacer, puesto que los suecos entrarán mañana. Vamos, Terzky, á cenar... ¿Qué os parece? Hagamos iluminar la ciudad en honor de los suecos; quien no saque luces, ó será español ó traidor.

TERZKY.—No; al duque no le parecerá bien.

ILLO.—¡Cómo! Aquí somos los amos, y nadie debe declararse austriaco donde mandamos nosotros. Con Dios, Gordon; mucha vigilancia, repito. Que salgan patrullas. Para mayor seguridad mudad el santo y seña, y á las diez en punto llevad las llaves al duque en persona y cesaréis en vuestro cargo. Mañana los suecos entrarán en la fortaleza.

TERZKY (*á Butler, retirándose*).—¿Venís?

BUTTLER.—A su tiempo.

(*Vanse.*)